

LA PARED INSUPERABLE

LARRA. BIOGRAFÍA DE UN HOMBRE DESESPERADO

JESÚS MIRANDA DE LARRA

AGUILAR / SOCIEDAD ESTATAL
DE CONMEMORACIONES CULTURALES
MADRID, 2009
448 PÁGINAS, 19,50 EUROS

ANNA CABALLÉ

La calidad de vida en la España de Fernando VII era lamentable, en todos los sentidos que importan. Baste decir que un texto honrado como el *Informe de la Ley Agraria*, de Jovellanos, figuraba en el *Índice* de libros prohibidos por la Inquisición, que en 1824 daba sus últimas coces. La educación era más que precaria, incluso entre la clase pudiente: el nefasto Monarca había cerrado la Universidad, abriendo en su lugar una Escuela de Tauromaquia. Los mejores teatros de Madrid, mal decorados, se iluminaban con malolientes lámparas de aceite y las damas no podían acudir a ellos medianamente vestidas sin correr el riesgo de estropear su indumentaria por culpa de los goterones. El conocido Café del Príncipe (que acogía a la mejor tertulia romántica de la capital) era feo, estrecho y descaudado. La comida en las fondas se servía sobre manteles sucios «que acogían siempre los mismos guisos del día pasado, del anterior y de toda la vida». La disposición de las viviendas era mala y de una pobreza que

TODOS LOS QUE, COMO UNA INMENSA Y NEGRA NUBE, IMPEDÍAN CON SU INOPERANCIA EL PROGRESO DEL PAÍS, SE VIERON DESCRITOS Y SOMETIDOS POR EL JOVENCÍSIMO AUTOR

muchas veces rayaba la mezquindad. Las calles eran insalubres, con cerdos, cabras, gallinas cruzando sus calles a todas horas porque los vecinos de los pisos bajos sacaban sus animales a pastar en la vía pública...

VUELVA USTED MAÑANA. No cabe duda de que Fernando VII tuvo la personalidad más abyecta de toda la Historia de España, pero digamos que en ese paisaje de atraso desolador y falta de libertades, un hombre joven, impulsivo y cultivado, Mariano José de Larra, quiso intervenir. Deseó fervientemente que la sociedad de su tiempo evolucionara, que trabajara pensando en el beneficio común y no sólo en el enriquecimiento propio. Y así lo escribió en sus artículos. De modo que a los 24 años su firma en los periódicos era conocida, admirada y temida. Por fin, castellanos viejos, políticos corruptos, malos actores, pésimos traductores, mozos groseros

y funcionarios que paralizaban el funcionamiento del país con su «vuelva usted mañana», todos aquellos que, como una inmensa y negra nube, impedían con su inoperancia el progreso de España, se vieron descritos y sometidos a la crítica mirada del jovencísimo escritor.

Quizás la raíz de su inconformismo fuera su afrancesamiento, el hecho de haberse criado, entre los cuatro y los nueve años, entre Burdeos y París, a causa de la filiación bonapartista de su padre. Cuando Larra volvió a Madrid, con sus padres, en mayo de 1818, era inevitable que, aún teniendo en cuenta su corta edad, se sintiera un extraño en su país, alguien que es capaz de ver y pensar aquello que reconoce y ama desde fuera, desde la distancia del que ha visto y conocido algo diferente y más acorde con su fina sensibilidad. Y esa es la tesis de la biografía que Jesús Miranda de Larra ha escrito sobre su antepasado, a partir de los materiales que ha conseguido reunir sobre él.

NOMBRE DECISIVO. Miranda de Larra no es un profesional de las letras, sino un ingeniero agrónomo, de modo que poco sentido tiene reparar en lo atípico de su libro, en el hecho de que las 150 últimas páginas sean de múltiples apéndices, más propios de un manual escolar que de una biografía al uso. Su objetivo ha sido homenajear un nombre decisivo en la cultura española, ofreciendo cuantos materiales ha podido reunir, a menudo faltos de vertebración y de escritura, pero nunca de contenido.

Su infancia, por ejemplo, fue diferente: precoz y solitaria a causa de los sucesivos internados en los que permaneció, desde los cuatro años hasta los trece, cuando por fin consiguió pasar un año con sus padres en el pueblo navarro de Corella, Larra no tuvo más alternativa que hacerse a sí mismo. Y se hizo: orgulloso, refinado, incisivo. Pero con carencias emocionales que le impidieron sobreponerse a la frustración múltiple de la vida adulta. Se casó a los veinte años («casarse pronto y mal», tituló uno de sus artículos), pero fue más tarde, ya con dos hijos, cuando descubrió el amor, aquel amor que cuando se pierde de mala manera deja al ser humano solo, vacío y traicionado. La bella se llamaba Dolores Armijo y también estaba casada.

Es evidente que la historia no podía tener un final feliz. Lo que importa es la tensión emocional con la que Larra llega hasta su esquiva amante en la última cita, la sensación de que ha perdido sus apoyos al haber apostado por un gobierno que fracasa antes de empezar, la falta de respuesta a sus ideas... Larra se encuentra de pronto ante una pared infranqueable, la de no ser capaz de superar un hecho particular (la negativa de Dolores Armijo) debido a su honda sensación de fracaso. Llovía sobre mojado cuando murió, a los 28 años. ■



LA ESPAÑA DE FERNANDO VII
SE ENTRELAZA
CON LA VIDA DE
LARRA EN ESTA
BIOGRAFÍA A
CARGO DE SU
TATARANIETO. A LA
DERECHA, PARTIDA
DE BAUTISMO
DEL ESCRITOR
Y PERIODISTA,
FECHADA EL
MISMO DÍA DE SU
NACIMIENTO, 24 DE
MARZO DE 1809

